



El dulce vicio de escribir

Reproducimos una breve pero intensa carta de la poeta argentina Alejandra Pizarnik, a quien los años van confiriendo un hálito casi mítico, mientras que la crítica especializada parece estar de acuerdo en la alta calidad de su escritura, a la que se le reconoce momentos de verdadera genialidad.

La carta, dirigida a su amigo entrañable, el escritor Antonio Porchia, autor de Voces, nos da una atisbo de tal condición.

Buenos Aires, 20 de abril 1963

Querido amigo: Antonio Porchia:

¿Cómo hablar de lo indecible?. Sólo por medio de las Voces, Sólo ellas han logrado hacer pleno este lenguaje, sólo ellas han sabido llenar de sangre las palabras. Y transformarlas en la Palabra, la única valedera. Si no mediara mi gran afecto por usted tal vez no le enviaría estas líneas. Una cosa es hablar de las Voces a un público anónimo y otra a su autor. No es posible -por lo menos en mi caso- explicarlas o comentarlas; sólo puedo decirle que mientras las leía, ellas -que contienen todas las respuestas- suscitaban en mí un eco silencioso que asentía dulcemente. Un eco como proveniente de tiempos inmemoriales, como si se refiriera a nuestros orígenes, a lo más hondo de la vida. Me sucedió uno de esos procesos reminiscentes que sólo pueden llevar a los grandes y buenos encuentros. Y es a usted a quien se lo debo. Sus Voces son de lo más puro y hermoso que se encuentra en el mundo. Y es usted quien las creó. Gracias.

Suya

Alejandra Pizarnik.

